

Paul COLLIER, *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries are Failing and What Can be Done About It*, 2007, Oxford, Oxford University Press, 224 pp., [traducción castellana: *El club de la miseria*, Madrid, Turner Publicaciones, 2008, 332 pp.

Paul Collier, antiguo investigador del Banco Mundial y actual director del *Centre for the Study of African Economies* de la Universidad de Oxford, es uno de los principales estudiosos de la economía africana y un prestigioso teórico de la economía del desarrollo. En su obra *The Bottom Billion*, recientemente traducida al castellano como *El club de la miseria*, el autor explora las causas del letargo económico de los países más pobres del planeta para, así, poder aportar soluciones a sus males. Según Collier, el Tercer Mundo se ha reducido en los últimos cuarenta años: cerca de cuatro millones de personas viven hoy en día en países en vías de desarrollo que crecen a un ritmo lento, pero sostenido, y que han abordado con éxito importantes reformas estructurales. Pero hay un pequeño grupo de países que, a pesar de aplicar las mismas políticas que sus vecinos más aventajados, llevan décadas de estancamiento y ostentan el dudoso honor de pertenecer a un restringido *club de la miseria*.

Tras estudiar las características comunes a las economías de este Club, Collier encuentra que todas ellas son prisioneras de alguna de estas cuatro trampas: las guerras civiles, el mal gobierno, la excesiva dependencia de recursos naturales y los malos vecinos. La primera de ellas, los conflictos civiles, afecta al 73% de la población de los países del Club; población que suele habitar en países sin acceso al mar, regidos por mal gobernantes y con una buena dotación de materias primas. El autor demuestra que, cuanto más bajo es el nivel de renta, más largas y costosas son las guerras civiles –con un coste material de unos 64.000 millones de dólares al año y un impacto sobre el crecimiento del -2,3%, sin tener en cuenta los costes humanos.

La segunda causa de pobreza está relacionada con los recursos naturales, o el “mal holandés”, en referencia a los efectos que sobre esta economía europea tuvo el descubrimiento de gas en el Mar del Norte en los años sesenta del siglo pasado. Así, el descubrimiento de recursos naturales supone una suerte de maldición para los países que los poseen, pues la renta que generan desincentiva el desarrollo de otras actividades productivas y refuerza los conflictos internos y los malos gobiernos, a la par que alimenta la codicia y la rivalidad entre distintos grupos de poder. En los países pobres, además, los efectos clásicos de este fenómeno se amplifican porque sus gobiernos no necesitan dar cuenta a la sociedad de su gestión y se perpetúan en el poder a través de regímenes autoritarios o democracias corruptas, que no hacen más que coartar el desarrollo económico de sus respectivos países.

La situación geográfica y, en particular, no contar con acceso al mar, constituye, a juicio de Collier, la tercera trampa, sobre todo para aquellos países sin recursos naturales y rodeados de malos gobiernos. Los países ricos geográficamente igual situados, como Suiza, han podido expandirse comercialmente porque disponen de buenas infraestructuras y están situados cerca de mercados prósperos. Estas condiciones, en cambio, raramente se dan entre los países pobres, los cuales se ven obligados a reducir considerablemente las barreras comerciales, a convertirse en paraísos fiscales o a confiar en las remesas de los emigrantes o la ayuda internacional.

Finalmente, el mal gobierno es la última y cuarta trampa identificada por Collier. La fuerte inercia a perpetuarse –la probabilidad de que ello no suceda es de tan sólo un 1,6%– se explica fundamentalmente por la falta de incentivos de los (malos) gobernantes a mejorar sus políticas. En un trabajo anterior, Collier ya había confeccionado, junto con L. Chaubet, una lista de “gobiernos fallidos” dentro del Club, a través de un “Índice de Evaluación Política e Institucional”. Los autores calculan que el coste de un Estado en suspensión de pagos es de 100.000 millones de dólares; y que tres cuartas partes de la población del Club ha vivido en algún momento con un Estado en bancarrota.

Las causas de la pobreza de los países de este Club derivan, por tanto, de problemas enquistados en sus instituciones y estructuras productivas y su solución requiere, irremediablemente, de un compromiso firme, tanto por parte de sus gobiernos locales como de la comunidad internacional. El autor se muestra, no obstante, moderadamente optimista respecto al futuro de los países del *bottom billion* y sugiere distintas vías por las que podrían escapar de sus trampas de pobreza.

El plan de acción delineado por Collier se divide en cuatro bloques: la ayuda exterior, la seguridad, la legislación y el comercio. En relación a la primera, considera la ayuda adecuada siempre y cuando se apliquen mecanismos de control y condicionalidad que garanticen su eficacia, pues en su ausencia dicha ayuda da alas a la corrupción. Respecto a la injerencia militar, es un instrumento del que Collier no quiere prescindir, pues las intervenciones armadas pueden servir para restaurar el orden ante un Estado en bancarrota, como en el caso de Kuwait o Somalia; garantizar la paz tras la guerra, como sucedió en Ruanda o Sierra Leona; o proteger a gobernantes legítimos de eventuales golpes de Estado, como en Costa de Marfil. En cuanto a la legislación, Collier propone dos tipos de intervención “increíblemente baratas” que prevé muy eficaces: cambios en la legislación de los países occidentales y normas internacionales de cumplimiento facultativo que presione a los países pobres a salir de su situación.

En cuanto a las primeras, el autor recomienda dos orientaciones básicas. Por un lado, levantar el secreto bancario cuando haya alguna sospecha de desviación de fondos públicos al extranjero para evitar, así, que los bancos occidentales se conviertan en un refugio del dinero negro de las élites corruptas de los países pobres. Por otro, imponer transparencia a las empresas del sector de la construcción y la minería que trabajan en el Tercer Mundo, para impedir que las adjudicaciones se decidan a través de sobornos. El autor exhorta a la comunidad internacional a presionar política y económicamente a los gobiernos del Club de la miseria para que luchen contra la corrupción y acepten determinadas normas internacionales relacionadas con cómo se gestionan los recursos naturales, los procesos democráticos, los presupuestos públicos, las situaciones de postguerra y la segu-

ridad de las inversiones privadas nacionales y foráneas. Finalmente, en cuanto a las políticas comerciales, Collier se muestra partidario de eliminar las barreras comerciales a los países subdesarrollados, diversificar de forma inteligente las exportaciones para garantizar la estabilidad de sus ingresos y dotarlos de mayor poder de negociación en las rondas del GATT.

En conjunto, la obra de Collier tiene todos los ingredientes para convertirse en un manual de referencia en el ámbito de la economía del desarrollo. En primer lugar, ofrece una lectura amena, a pesar de la complejidad de los temas abordados, gracias al inconfundible estilo irónico del autor; segundo, propone un modelo solvente, basado en una sólida base empírica y un exhaustivo trabajo de campo realizado en la mayor parte de los casos por el propio autor; y, por último, se trata de una obra deliberadamente controvertida que mantiene un diálogo continuo con los modelos explicativos “rivales” de J. Sachs y W. Easterly, dando respuesta, así, a los principales *impass* teóricos de estos últimos.

The Botton Billion tiene la virtud, además, de proporcionarnos algunas brillantes intuiciones sobre las explicaciones del drama de los países más pobres del planeta a partir de las tesis desarrolladas en robustos trabajos empíricos que el mismo Collier a llevado a cabo con otros investigadores (Anke Hoeffler, Lisa Chauvet y J. W. Gunning). Su enfoque se sitúa en un prudente término medio entre las explicaciones estructurales y coyunturales al subdesarrollo, huyendo, así, de los argumentos simplistas que ven en la pobreza, bien un mal incurable, bien un problema transitorio que sólo precisa de políticas compensatorias y focalizadas.

No obstante, el sólido edificio de argumentos en el que se basa *El club de la miseria* también presenta algunas grietas difíciles de ocultar y que otros especialistas han señalado. W. Easterly (2007) considera inconsistentes algunas de las tesis del libro por confundir causas y efectos –por ejemplo, en la relación entre ayuda exterior, intervención militar y crecimiento económico– o por descuidar los efectos de terceros factores, como los derivados del clima. A. Deaton y D. Acemoglu (2006), por su parte, han criticado los resultados de Collier y Hoeffler (1998) sobre los efectos económicos de las guerras civiles en los países pobres. Pero la crítica quizás más evidente que pueda plantearse a las tesis de Collier es que suponen de manera acrítica que el sistema capitalista mundial ofrece las condiciones necesarias para el desarrollo de todos los países periféricos y que, en este marco, las economías del *bottom billion* constituyen la excepción, y no la regla, de la dinámica general del mundo subdesarrollado. Asumiendo este supuesto, Collier consigue eximir, *a priori*, a la comunidad internacional de cualquier responsabilidad en relación a los males endémicos del Club, atribuyéndolos a factores estrictamente internos. Creemos, sin embargo, que la hipótesis según la cual el propio sistema económico internacional puede generar, por su propia dinámica, exclusión y pobreza en el mundo, debe ser tomada en cuenta por cualquier trabajo de investigación que rehúya polarizar el debate sobre el subdesarrollo y pretenda dar un diagnóstico matizado de sus causas.

MÓNICA PUIG IBÁÑEZ